

PROFESIÓN DE FE DE UN CREYENTE RODEADO POR LOS ÍDOLOS

Ensayo de “lectio divina” sobre el Salmo 16

Carlo M. Martini

El salmo 16 (15 en la tradición de la Vulgata y 16 en el texto hebreo) es difícil de explicar, pero también es difícil de rezar porque no contiene una verdadera invocación, excepto en el primer versículo: “Protégeme, oh Dios, que me refugio en ti”. Todo lo demás expresa, en cambio, una profesión de fe.

Por tanto, el salmo 16 nos va a enseñar a vivir como plegaria también la profesión de fe. Empezaremos, como siempre, por la *lectio*, tratando de dar un título al conjunto de los versículos, de dividir por partes dicha profesión de fe, de leer las estrofas; a continuación, pasaremos a la *meditatio* preguntándonos cuáles son los mensajes del texto y, finalmente, propondré alguna sugerencia para el momento de la *oratio* o plegaria.

Salmo 16

*Protégeme, oh Dios, que me refugio en ti.
Yo digo al Señor: “Tú eres mi dueño, mi único bien;
nada hay comparable a ti”.
A los dioses de la tierra, esos poderes en los que antes me complacía,
dediquen otros sus desvelos y corran tras ellos;
yo no tomaré parte en sus sacrificios, ni daré culto a esos dioses.
Tú, Señor, eres mi copa y el lote de mi heredad,
mi destino está en tus manos.
Me ha tocado un lote delicioso, ¡qué hermosa es mi heredad!
Bendeciré al Señor que me aconseja,
¡hasta de noche instruye mi conciencia! Tengo siempre presente al Señor.
con él a mi derecha jamás sucumbiré.
Por eso se me alegra el corazón, exultan mis entrañas,
y todo mi ser descansa tranquilo;
porque no me abandonarás en el abismo,
ni dejarás a tu fiel sufrir la corrupción.
Me enseñarás la senda de la vida,
me llenarás de gozo en tu presencia, de felicidad eterna a tu derecha.*

Lectio

Vamos a preguntarnos, en clima de *lectio*, cuál es el tema que unifica el conjunto del salmo, qué título podemos darle.

Algunos prefieren titularlo: “La senda de la vida: gozo en tu presencia, a tu derecha”. Es un título que define el salmo como una exclamación de confianza.

Yo creo, sin embargo, que habría que destacar mejor la riqueza emotiva de este canto, tratando de buscar un título más acertado. Escribía S. Kierkegaard: “Cuando, cansado de todas las mudanzas humanas, temporales y terrenales, cansado de tu propia inconstancia, llegues a desear un sitio donde reposar tu cabeza cansada, tus pensamientos cansados, tu corazón cansado, un lugar en el que descansar y relajarte: ¡oh, es en la inmutabilidad de Dios donde encuentras reposo!”. Las palabras de Kierkegaard, en mi opinión, expresan muy bien el movimiento del salmo 16, que yo llamaría: “La profesión de fe de un creyente rodeado por los ídolos”. O bien, con un título más breve, “Sólo Dios basta”, que era el grito de santa Teresa de Jesús. El salmista expresa, de hecho, su afecto profundo y lleno de confianza en Dios, sumo y único Bien.

¿Cuáles son los movimientos internos del salmo? ¿Cuál es su *estructura* dinámica? ¿De qué modo podemos dividirlo?

Podemos dividir el salmo en dos grandes partes: la primera, que comprende los vv. 1-6 y es precisamente una “profesión de fe contra los ídolos”; y la segunda, que comprende los vv. 7-11 y expresa la alegría y la esperanza de creer.

Repasando *la primera parte* del texto, tropezamos en seguida con una dificultad de traducción que no tengo más remedio que afrontar para poder aclarar el sentido de todo el salmo.

Tras la invocación “protégeme, oh Dios, que me refugio en ti” y la profesión de fe “yo digo al Señor: “Tú eres mi dueño, mi único bien””, tenemos unas palabras un tanto enigmáticas: “A los dioses de la tierra, esos poderes en los que antes me complacía”.

¿Quiénes son estos dioses y qué tienen que ver con los que menciona el v. 4? En realidad, es probable que, en la expresión hebrea, “los dioses de la tierra” sean los ídolos extendidos en la tierra de Canaán, a los que se rendía un culto religioso, y que se consideraban sagrados.

Por otra parte, el término “poderes” en hebreo significa “los poderosos”, en concreto los poderes mundanos ligados al culto idólatra.

En ese caso, el salmista, en el v. 3, confesaría que en el pasado Dios no fue, por desgracia, su único bien, sino que se dejó tentar, confiando en las devociones populares idólatras. La versión más correcta sería entonces: “A los dioses de la tierra, esos poderes en los que antes me complacía, pero ahora ya no”.

Hay una versión corriente de la Biblia que dice así: “Antes adoraba a los dioses del país, confiaba en su poder”.

Por tanto, si aceptamos esta reconstrucción (el texto hebreo es muy difícil y ha sido transmitido a lo largo de los siglos con algunas imperfecciones gráficas), la estructura de la primera, parte está muy clara.

Empieza por un “sí” decidido a Dios -“Yo digo al Señor: “Tú eres mi dueño, mi único bien””, y un “no” rotundo a los ídolos en los que por desgracia antes el salmista se complacía, afirmando que ya no les da culto, que ya no tomará parte en sus sacrificios -sacrificios que llegaban a ser cruentos-, que ya no les dedicará sus desvelos.

Como vemos, a la profesión de fe en el único Dios sigue una firme renuncia a los ídolos:

“sí” a Dios, “no” a los ídolos y, finalmente, en los vv. 56, otro “sí” al Señor: “Tú, Señor, eres mi copa y el lote de mi heredad”.

Vamos a analizar, siguiendo en esta primera parte, las imágenes con las que se describe al Señor, que lo es todo para el salmista, su parte, su heredad. No todas las imágenes han sido traducidas con exactitud a nuestro idioma: se trata de cinco imágenes de símbolos relacionados con la posesión de la tierra.

La primera es la del *lote de heredad*; la segunda es la de *la copa*, entendida o bien como una copa de vino espumoso o bien como la copa en la que se echaban las suertes para decidir a quién le tocaba un terreno heredado; la tercera es la del *destino* -“mi destino está en tus manos” o, mejor aún, “mis dados están en tus manos”, los dados de mi suerte los echas tú, Señor (aludiendo precisamente al sorteo para la designación de los campos)-. Otra imagen campestre está en el versículo 6: “Me ha tocado un lote delicioso”, donde el hebreo dice “las cuerdas de la medición”, con las que se mide la parte de campo asignada a cada heredero; estas cuerdas han medido para el salmista un lugar que le gusta mucho: “¡Qué hermosa es mi heredad!”.

Con estas imágenes de una herencia campesina, los vv. 5-6 expresan la metáfora de una herencia espiritual. En otras palabras, el que ha elegido a Dios “ha escogido la mejor parte”, como dirá Jesús refiriéndose a María de Betania.

Estamos ante la profesión de fe de quien, habiendo renunciado a los ídolos y también a la posesión terrenal, se siente partícipe nada menos que de la vida divina, de la tierra prometida, de la tierra de Dios; de quien exclama: “¡Sólo Dios basta!”.

La *segunda parte* del salmo destaca el gozo y la esperanza de creer.

Obsérvese que aquí el símbolo corpóreo concreto, con el que se indica el desbordamiento del gozo, es el corazón, en hebreo “los riñones”, es decir, las profundidades del alma: “Bendeciré al Señor... (hasta de noche instruye mi conciencia!” (v. 7); y, de nuevo, en el v. 9: “Por eso se me alegra el corazón, exultan mis entrañas, y todo mi ser descansa tranquilo”. La versión hebrea utiliza distintas partes del cuerpo para expresar la participación física en el gozo de ser todo del Señor. En el v. 10: “No me abandonarás”, el hebreo dice nefesh, mi alma que respira, mi respiración, mi ser, aquel que vive a través de la respiración. Por tanto, el gozo de Dios, el gozo de creer, empapa todo el ser.

Dos veces se recuerda la derecha: “Con él a mi derecha jamás sucumbiré” (v. 8); “me llenarás de felicidad eterna a tu derecha” (v. 11), siendo considerada la derecha como posición favorable. Y todo eso en el dinamismo vida-muerte: la muerte es mencionada en el “abismo” y en la “corrupción” del v. 10; la vida lo es en la “senda de la vida”, en el “gozo” y en la “felicidad”.

La segunda parte del salmo evoca en concreto el contraste vida-muerte, con sus múltiples componentes afectivos, donde vencen el gozo y la esperanza, donde la alegría de vivir triunfa sobre la muerte.

Es una plegaria para un corazón ansioso, que tiene miedo y que por eso recibe por parte de Dios una seguridad que llega a tranquilizar incluso su organismo en todos sus miembros.

Volviendo a pensar en el conjunto del salmo, es fácil captar su movimiento, que va de la

certeza a la esperanza y al gozo. La certeza de ser del Señor, de haberle elegido a él rechazando los ídolos, nutre la esperanza de que no seremos abandonados en la muerte y hace brotar la alegría incluso en la vida presente.

Recordemos que el salmo 16 ha sido aplicado a Jesús y a su resurrección. Los Hechos de los Apóstoles lo citan dos veces: Pedro, en el discurso de Jerusalén, en el capítulo 2, dice: “David vio anticipadamente la resurrección de Cristo y habló de ella”, refiriéndose a nuestro salmo (cfr. vv. 25-31). Pablo, en el discurso de Antioquía, en el capítulo 13, cita el v. 10: “No permitirás que tu fiel experimente la corrupción” (13,35). Jesús se ha entregado a Dios, su Padre, su único bien, y no verá la corrupción, sino que resucitará.

El cristiano que hoy lee este salmo se da cuenta de que habla de la resurrección de Jesús y de que nos habla a nosotros de nuestra seguridad en el presente y en el futuro, porque estamos en Jesús; Dios es nuestra herencia, nuestro Padre. Así estamos seguros también frente a la muerte, estamos seguros de la vida eterna con Dios.

Meditatio

El mensaje del salmo 16 es múltiple, pero me limitaré a hacer un par de preguntas.

- ¿Qué significa profesar la fe entre los idólatras, en medio de un mundo pagano?
- ¿Es actual la profesión de fe expresada en la primera parte del texto del salmista?

Personalmente contesto en seguida que es de palpitable actualidad, puesto que estamos rodeados por los ídolos: los ídolos del placer, del prestigio, del poder, del éxito; los ídolos de la moda, de la opinión pública, de “lo que hace todo el mundo”, del respeto humano.

Verdaderamente necesitamos desembarazarnos cada día de estos ídolos; no obstante, hemos reconocer que somos incapaces de hacerlo, que nos arrimamos con gusto a los poderosos de este mundo. A no ser que -y éste es el mensaje del salmo- nos decidamos a empezar de nuevo mediante una sólida fe en el Señor.

Por tanto, quien se sienta amenazado diariamente por los ídolos de las modas, de la opinión pública, de la moral pública, tiene que decir: “Protégeme, oh Dios, que me refugio en ti; tú eres mi dueño, mi único bien; sólo contigo, Señor, tengo la fuerza de gritar no a todos los ídolos del país”.

Dios se revela como único baluarte contra la prepotencia de los ídolos modernos.

En nuestro rato de silencio, podemos preguntarnos: ¿cuáles son los ídolos que me amenazan? ¿Cuáles son las cosas que me esclavizan, de las que me cuesta liberarme? ¿Cuáles son las sutiles cadenas que me atan impidiéndome ser auténtico ante el Señor? “Yo no tomaré parte en sus sacrificios”, repitamos con el salmista, “ni daré culto a esos dioses”.

Que Dios ponga en nuestro corazón esta plegaria contra los ídolos.

¿Cuál es la esperanza expresada en la segunda parte del salmo 16 y cuáles son mis esperanzas? La esperanza del salmista la hemos leído en el v. 7 (hasta de noche instruye mi conciencia), en el v. 9 (se me alegra el corazón) y en el v. 11 (me llenarás de felicidad eterna).

¿Siento a Dios como Aquel que me instruye, me da alegría y felicidad eterna? ¿Qué pienso de mi futuro? ¿Pienso en él con angustia, con escepticismo, con frustración? ¿O no pienso en él en absoluto precisamente porque le tengo miedo? ¿Pienso en Dios entregándome a él con plena confianza?

Quizá el pecado que actualmente está más extendido en Occidente sea el de mirar al futuro con temor, rechazándolo incluso para centrarnos en las excitaciones del presente.

El salmo 16 es, por tanto, un antídoto contra este miedo.

Oratio

Antes de nada, quisiera aconsejar otra vez la triple lectura del texto para los pequeños grupos de doce o quince personas: volver a leer juntos el salmo, despacio y sin prisas; leerlo una segunda vez por turno, un renglón cada uno; y una tercera vez juntos de nuevo. A continuación, tras una pausa de silencio, cada uno puede libremente citar algún versículo, alguna palabra. Finalmente, hay que tratar de preguntarse: ¿qué me dice a mí hoy la palabra que acabo de repetir, el versículo que acabo de recitar en voz alta?

Si alguien, por el contrario, quisiera profundizar en el salmo él solo, en un silencio contemplativo -ya que en un grupo grande es más difícil el intercambio-, sugiero dos preguntas que actualizan el contenido de las palabras y estimulan la oración. - Señor, ¿estoy contento de mi suerte física, familiar, económica, intelectual, psicológica? ¿Es cierto que me ha tocado un lote delicioso? Señor, ¿soy un amargado? ¿Qué es lo que me permitiría decir ante ti: “Me ha tocado un lote delicioso”?

Canta el salmista: “Tengo siempre presente al Señor: / con él a mi derecha jamás sucumbiré. / Por eso se me alegra el corazón” (v. 8). ¿Estoy contento con Dios, o estoy un poco enfadado con él porque no me da todo lo que yo espero? Si reconocemos que estamos enfadados y amargados, hagamos de ello un motivo de oración repitiendo el inicio del salmo: “¡Protégeme, oh Dios, que me refugio en ti. Tú eres mi dueño, mi único bien!”.